

VII. AUSCHWITZ-BIRKENAU

DURANTE EL MES que pasé en cuarentena hice de todo: de cantante a recoger cadáveres: pobre gente, qué poco pesaban... lívidos, flacos, piel y huesos; prácticamente sólo quedaba la estructura ósea... ¿Quién podría decir a quién pertenecían aquellos míseros restos?

A judíos, seguro.

Al recoger cadáveres tenía la oportunidad de rebuscar en los harapos que llevaban y a veces encontraba un trozo de pan que en la agonía no habían sido capaces de comer, y una vez me encontré con un auténtico tesoro: un cuchillo, un trozo de cuerda y media cuchara. Mi alegría fue absoluta: podía comerciar con todos ellos.

[Un día], después del recuento de la mañana, Josef me trae la noticia de que en el barracón hay dos romanos, me arriesgo a entrar y reconozco a mi primo Guglielmo Sonnino, al que no había visto desde hacía mucho tiempo, y el otro era Raimondo di Neris, viejo amigo mío desde 1926. Estaba decepcionado, pero tenía la esperanza de que mis hermanos deportados antes que yo hubieran tenido mejor

suerte, pasando a algún campo menos cruel que Auschwitz. Al volver al barracón me encuentro al capo muy enojado por mi ausencia, y me cubre de golpes y patadas.

Con mi primo y Raimondo, en su barracón, estaba el gran rabino de Hungría, que era útil porque hablaba cuatro idiomas, incluido el italiano, el francés y el alemán. Después de unos días me encuentro al rabino, y veo que también, con su aspecto resignado, había mantenido su elegante porte, tranquilo y de una sonrisa afable que inspiraba confianza; había perdido a dieciséis familiares en las cámaras de gas y cuando me quejé de que Dios no intervenga contra la muerte, dijo: «Dios nos ha dado los Diez Mandamientos, son hombres los que no los respetan».

Unos amigos de Roma me dicen que hay un comando que recibe un litro y medio de sopa. Pienso que será un comando de castigo, desconfío y se lo digo, pero ellos insisten en que vayamos juntos. ¡Tenía razón! Hemos estado desde el alba hasta el ocaso en un canal, completamente vestidos, el agua fangosa nos llega a la espalda, y del litro y medio no hay rastro; era un comando de castigo integrado por prisioneros rusos. Desde entonces he seguido mi instinto.

Soy admitido en el comando de albañiles (junto con los hermanos Perugia, que a su llegada a Auschwitz habían perdido a tres hermanos más, seleccionados). Yo estaba con mi primo Guglielmo, el hermano de Elvira; hasta el momento, incluso estando en el mismo comando no estábamos en el mismo barracón. Pobre hijo, hizo todo lo posible para organizar y proporcionarnos algo para los dos. Se vendían los zapatos de cuero por pan, a cambio de zuecos de madera. Los zapatos de cuero fueron para el capo del barracón, que le dio dos rebanadas de pan negro y dos raciones de bazofia,

y descanso hasta la revista de la noche... era como estar en Hawái.

Todavía estábamos en cuarentena cuando llegó de Alemania una carga de deportados antinazis, todos intelectuales, jueces, ingenieros, abogados que se oponían al nazismo. Inmediatamente nos dimos cuenta de su personalidad, pero sus ropas contradecían su naturaleza: había quien llevaba puesta la chaqueta y los pantalones cortos propios de los jóvenes, quien vestía una chaqueta de pijama y muchas cosas divertidas, casi para reír si no estuvieran en Auschwitz. Eran personas desmoralizadas, tristes pero orgullosas de su oposición. Era la ley de hierro del nazismo: el que no está conmigo, está contra mí, y hay que eliminarlo.

En especial me llamó la atención un hombre que pertenecía a este grupo de deportados antinazis. En su dignidad se podía ver su gran personalidad; me pregunté quién podría ser y qué culpa podía haber cometido para estar en Auschwitz. El día después de su llegada al campamento de los deportados alemanes sabía que estaba cerca: mientras esperábamos el rancho, iba delante de mí en la fila. Lo vi protegerse y encogerse: había podido ver que llevaba el urinario, le di un recipiente de aluminio que quizás perteneció a un italiano. Bromeé un poco con los rusos y me dieron una buena ración de sopa. Me quedé sentado y el alemán se acercó; me dio las gracias y me preguntó si tenía una cuchara.

Pobre del que no se diese cuenta de que estaba a un paso de la destrucción física y moral. Había sido magistrado de la Corte Penal de Berlín y ahora me pedía una cuchara. Lo enseñé a sorber la bazofia.

El vigilante no era malo. Los de Roma lo llamábamos «Nariz rota» debido a su nariz chata, que le daba a su ros-

tro un aspecto poco tranquilizador. En nuestro comando dominaban tres hermanos polacos, judíos de Cracovia. Abusaban y acosaban constantemente por los mejores y más cómodos puestos de trabajo. Eran mal vistos por todos, incluso por los mismos polacos... y por el capo «Nariz rota», que no soportaba los abusos cometidos contra los más débiles, contra los, se podría decir, esqueletos vivientes.

En el caos de la confusión de la multitud de deportados perdí de vista a mi primo. Era inútil preguntar, había sido trasladado a otro barracón.

Creí encontrar un compañero para sustituir a mi primo y hablar con uno de Roma, pero mientras me ocupaba de los cigarros, hechos con serrín y un poco de tabaco, para vender a los rusos a riesgo de golpes y de confiscación, me traicionó. Sabía que él tenía tres patatas crudas, pero me dijo tener sólo dos. No le dije nada, pero al vender, es decir, cambiar, los dos cigarros por un trozo de pan y un poco de bazofia, me dio una patata y, yo aparte, me lo comí todo: me había traicionado, ¡pero yo también había hecho lo mismo! Estábamos en Auschwitz, no había camaradería, sólo egoísmo.

Un día, al preguntar al comando, me dijeron que necesitaban carpinteros para reparar las literas. Yo tenía la experiencia de trabajar con mi padre, y me adelanté: pensaba que no sería un trabajo refinado, nos adelantamos un tío [de mi futura] mujer y yo (todavía no la conocía, ignoraba su existencia). Tenía tenazas y martillo, me faltaba el metro, que hice con una vara de madera, calculando un palmo cada veinticinco centímetros. Cuatro palmos deberían ser un metro. Aquella noche las llamaradas del

fuego del crematorio iluminaron el campo, ¡parecía que el color rojo de las llamas fuese sangre!

Sangre de pobres inocentes llegados para entregar sus cuerpos a las bocas de los crematorios de Auschwitz. «¿Por qué?»

¿Qué les habría pasado a mis queridos hermanos Davide y Angelo? ¿Se habrían salvado mis padres de la furia nazi? ¿Y el resto de hermanos? Esperaba que se hubiesen salvado, evitando a mamá y papá otro gran dolor, además del provocado por la captura de sus otros tres hijos. Pensamientos constantes y dolorosos que agotaban tu fuerza física y te ponían la moral por los suelos. Mientras tanto, los crematorios funcionaban a toda máquina.

Te pregunto ahora, Señor: «¿Por qué?».

Vuelvo a mi trabajo de carpintero; bajo la mirada del capo retorno al barracón; a mediodía llega la sopa, me maravillo al saborear que, como trabajador especialista, me espera un litro y medio de bazofia maloliente. Comprendo que tendré que aplicarme, si quiero conservar el puesto.

Al final del día, después del trabajo, llegaba el control de piojos [...] para acabar con las epidemias que estallarían si los alemanes hubiesen descuidado la desinfección semanal, y dando la posibilidad al deportado de estar limpio. Había un cartel que decía: «Un piojo puede ser tu final. Mantente siempre limpio, lávate todos los días». Pero ¿dónde estaba el agua?!

Las letrinas estaban lejos del barracón y desde el alba se podía ver a los pobres corriendo con una mano detrás, intentando detener la salida de la caliente disentería; si no fuese porque estábamos en Birkenau, habríamos podido comparar estas escenas a las de una película cómica;

desafortunadamente, con el paso del tiempo nos pasaría también a nosotros y cualquier retraso en el camino a las letrinas nos llevaba a hacérselo encima.

Llegar a las letrinas no significaba defecar en paz, al contrario: de hecho era una especie de de grada de treinta centímetros de alto con agujeros a izquierda y derecha; debíamos colocarnos espalda contra espalda; era en aquellos momentos en que dejábamos de ser civilizados, olvidábamos tener aquel pudor que en realidad habíamos perdido al entrar en las letrinas, viendo el ejemplo de ochenta o noventa seres que, sin vergüenza, debían obligatoriamente estar en contacto con el de al lado por el mismo motivo.

Muchas veces encontrabas el sitio donde debías sentarte bañado por la disentería del que había estado antes que tú. No había escapatoria: o bien podías pringarte totalmente o bien secar el sitio con los pantalones y llevarte puesta la peste y el líquido. Habiendo hablado con Josef, nos organizamos: habíamos cambiado dos vasitos de metal esmaltados y una esponja de baño por un trozo de pan, y cuando teníamos que orinar lo hacíamos en los vasitos con la esponja que exprimíamos lejos de miradas indiscretas o espías.

Las letrinas eran controladas por un criminal polaco que la había convertido en su negocio personal: tenía también a un hermano en la Rampa que le procuraba algunos objetos de valor. Anillos, relojes, pulseras. Traficaba con los polacos civiles del laboratorio, conseguía comida y también los periódicos viejos que, cortados en cuadrados, servían para limpiarse el trasero. Pero los pedacitos de papel costaban pan, zanahorias o patatas. Josef y yo lo habíamos engañado, organizándonos.

Todas las mañanas llegaba el horroroso espectáculo de las pobres mujeres arrastrándose hacia el trabajo, ¡pobrecillas! Llevan un trapo en la cabeza para cubrir su cráneo rapado, unos pocos y sucios harapos para protegerse del hielo de la mañana. Pero no, ¡esto no es una pesadilla! No puede rebajarse tanto a unos seres humanos, jóvenes en la flor de la vida que nada tienen de humano, que arrastrándose, ya agotadas, acabarán la jornada desplomadas por el durísimo trabajo de desgaste físico, para acabar siendo asunto de crematorio. De nuevo mi pregunta: «¿Por qué?».

[Un día] estamos reparando las literas en las que en un espacio de dos metros por uno deberían caber siete personas en fila, como sardinas. Estoy absorto y me pregunto cuántos pobres resistirán en este espacio. Con el rabillo del ojo me doy cuenta de que me observan, se me hiela la sangre; es el capo. Me quito la gorra y me concentro. Viene hacia mí, pero no parece hostil. De hecho, me elogia y me dice que vaya más rápido en el trabajo porque hay un transporte que llega de Italia. Me fallan las fuerzas y rezo por que no estén mis hermanos ni mis padres. En cambio, eran yugoslavos de la frontera con Italia, ¡eran partisanos y partisanas! Los vi descender de los vagones cerrados. Pese al largo e incómodo viaje tenían una cierta fiereza en sus miradas, casi de desafío. Pero después fueron brutalmente apaleados por los capos y las SS. ¡Y era sólo el comienzo!

Por la mañana el vigilante e intérprete francés me llama y me dice que había acabado las reparaciones del barracón y que pasábamos al *lager* de laboratorios. [...] Entrando en este sector tuve la ocasión de ver a Raimondo, tío Moro y otros amigos de Roma que habían llegado antes que nosotros. Nos dieron muchos consejos preciosos que, llevados

a cabo, podían también servir para facilitarnos algunas cosas... por ejemplo mear uno antes que el otro. Estos consejos me fueron de gran utilidad, y los hice efectivos lo antes posible y en varias ocasiones.

El tío Moro y Raimondo tenían un buen puesto de trabajo: cuando los deportados llegaban a la Rampa —dejando las maletas, los paquetes y todo lo que podían tener—, ellos tenían la tarea de abrir los bultos en el camión y llevarlos al gran barracón de almacenamiento. Al abrir las maletas encontraban oro, brillantes, ropa y alimentos, y por esto el tío Moro y Raimondo podían permitirse ayudar con gran riesgo a los amigos de Roma, y, debo decirlo, particularmente a mí.

Raimondo, al llevarle cualquier cosa a su hermano, le pedía que me favoreciera con un poco de comida. Era una auténtica fábula de Auschwitz, pero es cierto que también tío Moro me llevaba algunos pedacitos de pan, lo que podía, dado el enorme rigor y la vigilancia que había en la entrada al *lager* donde trabajábamos.

En el barracón donde trabajaban el tío Moro y Raimondo estaba también Davide, por el que yo preguntaba. Pero éramos vigilados debido al gran valor que acumulaban: cajas de oro, pendientes, anillos, collares, pulseras [...] de camino a Berlín; también en los crematorios [habían acumulado] dientes y prótesis de oro cogidos de los cuerpos gaseados, antes de ser entregados a las llamas devoradoras. ¡Pobre pueblo de Israel, el pueblo elegido!

Llegaron a mi barracón otros deportados de otros campos (señal de que los aliados avanzaban) reducidos a larvas humanas; separados, pasaron a la cámara de gas.

Recuerdo que [durante mi estancia] en el campo de Fos-

soli habían llevado a otros judíos atrapados por toda Italia. Entre ellos estaba un tal Lucio Cohen, que era delegado de la Metro Goldwyn Mayer para Italia. Lo habían arrestado en Milán, delatado por su amante, que sabía que era judío. Medía un metro noventa de alto, cabellos negrísimos, bigote al borde del labio, una dentadura perfecta. Tenía un gran parecido con el actor americano George Brent. Nos hicimos amigos. Nos encontrábamos en la explanada del recuento, nos saludábamos, hablábamos de todo, pero sobre todo de la familia, dándome ánimos por la suerte de mis hermanos deportados y los que se quedaron, diciéndome que Roma ya había sido liberada. A la llegada a Birkenau lo perdí de vista. Nos volvimos a ver en el barracón de la cuarentena. Pobre Lucio, cómo había cambiado: rapado, pálido, con un par de calcetines que le llegaban a las pantorrillas, con una chaqueta y zuecos de madera. [...] Por la tarde, cuando esperábamos la rodaja de pan, Lucio nos hablaba de la película que habría de producir y que se titularía «Birkenau». Nos decía que los deportados éramos los actores más fantásticos que jamás haya habido. Hacía proyectos, tomas y escenas: «No quiero actores profesionales, muchos no sabrían expresarse como nosotros», decía a menudo. Hablaba y hablaba, pobre Lucio, casi olvidando que apenas habíamos entrado en el planeta Auschwitz. Pero era un soñador y daba vueltas con su febril fantasía a películas y documentales; nos explicaba dónde habría obtenido el dinero para producir la película: de los judíos de la Metro Goldwyn Mayer. Desventurado Lucio, ¡tus sueños se han roto en un pútrido campo de exterminio nazi!

Lo perdí de vista, lo habían alistado en un trabajo penosísimo: estaba en el bosque cortando leña. Lo volví a ver

algún tiempo después, me costó trabajo reconocerlo, estaba reducido a piel y huesos, pero su sonrisa era siempre luminosa, como su esperanza de filmar la película «Birkenau». Tenía el convencimiento de que su amante se habría apoderado de todo lo que le pertenecía, pero decía: «Si vuelvo resurgiré rápidamente», y miraba a lo lejos, muy lejos, con la mirada absorta y ausente, lleno de esperanza: «Mañana será otro día». Al cabo de un tiempo me acordé de él; pregunté y supe que había muerto bajo un gran árbol talado: no se había apartado a tiempo, no había tenido la fuerza suficiente. Pobre Lucio, no podrás nunca realizar tu veraz película con los deportados como actores principales y el mundo, como tú decías, no sabrá nunca qué han sido los campos de exterminio nazis y su increíble y cruel sistema bárbaro y asesino.

Nadie que no haya probado Birkenau o los otros campos podrá imaginar qué quiere decir temblar de miedo y terror.

Una idea te asalta constantemente: «¿Se habrán salvado papá y mamá?». «Y mis hermanos que se quedaron, ¿se habrán escondido bien?». «¿Y cómo habrán acabado Davide y Angelo? ¿Se las arreglarán como yo hago en las dramáticas horas del campo?»

Hacía una constante súplica al Cielo: «Señor, haz que al menos uno, no importa quién, vuelva para aliviar el ardiente dolor de mamá por la captura de sus tres hijos». Pobre papá, había hecho la guerra de 1915-1918; éramos una familia unida y mamá y papá estaban orgullosos de sus seis hijos. Pobres padres, la familia se había reducido a la mitad. Y nunca más se recompondría. Adiós a mis queridos hermanos.

Hoy que soy padre puedo comprender el amor que se tiene a los hijos y cómo se sufre con su sufrimiento; su tristeza es nuestra tristeza, su alegría es nuestra alegría.

[Durante algunos días] dependo de un civil alemán, hago todo lo que me ordena con gran satisfacción por su parte. Debo decir que me deja respirar, no me asfixia como los otros oficiales, ¡quizás no sea nazi! Le llevo un detector, estamos cerca del crematorio. Quizás quieren ampliarlo con la esperanza de vencer la guerra y exterminar al resto de judíos, gitanos, antinazis que aún existen en Europa.

Un convoy de Holanda lleva su carga de muerte. Se detiene después de haber pasado bajo el arco que te lleva al campo (es el arco que espero pasar en el sentido opuesto): las mismas escenas de desesperación, rabia, llanto; los niños, las mamás con los pequeños, los capos que golpean a los que se retrasan al bajar del vagón, alguno intenta coger su maleta, también es golpeado: pobre hombre, no sabe que está en Birkenau. [...] La tarde anterior, el crematorio y la cámara de gas trabajan incesantemente, iluminando el campo con su resplandor siniestro y esparciendo pedazos de carne quemada.

Podría salir de donde he entrado... la esperanza es lo último que se pierde... quizás...

Estoy siempre con el civil alemán; me dice que coja las herramientas un poco más allá de donde algunas horas antes habían estado los deportados holandeses. El SS me mira desde lo alto de la torreta de vigilancia. Basta con un paso y si le apetece me puede acribillar con su ametralladora, pero está distraído. ¡Qué daría yo por saber lo que está pensando! Avanzo un poco y veo entre la hierba una bolsita del tipo de las que llevan tabaco, la cojo y disfruto pensando que podré cambiársela a los rusos, siempre con ganas de tabaco. Finjo que se me cae el martillo para crearme una excusa y agacharme, ¡nunca se sabe! Abro la bolsa: el SS está toda-

vía vuelto: ¡qué gran desilusión, contiene siete brillantes grandes como nueces! El corazón se me sale del pecho, es necesario que el SS no me vea, los recojo y los escondo. Esta tarde no los cambiaré; eran brillantes tirados por algún holandés aterrorizado a su llegada. Oigo la llamada del civil que me dice que aligere. En aquel momento el SS se vuelve: también esta vez me he librado.

Si me encontraran con los brillantes me habrían matado como le había sucedido algunos días antes a un polaco al que registraron y al que hallaron con algunos objetos.

Llegó la selección. Consiste en ver quién ha llegado al último momento de la vida. Nos ponen en fila desnudos, fuera del barracón, y a medida que pasa el ángel de la muerte se intenta asumir un aspecto florido. Inflamos el pecho y las mejillas, pero el ojo experto y vigilante no se engaña. Oigo que el corazón se me para a la llegada del doctor. Toma el número de un polaco de mi derecha y el de un húngaro a mi izquierda. Esta vez estoy a salvo (por decir algo...).

Josef estaba conmigo en el grupo de carpinteros y teníamos una cierta libertad; bastaba con llevar una tabla de madera y clavos para tener una excusa para quien nos pidiera explicaciones, especialmente los capos, que con celo y crueldad daban bastonazos incluso después de probar que íbamos al barracón femenino para reparar las literas.

Josef me había enseñado los secretos para sobrevivir: obedecer a los capos, acabar los trabajos que te ordenaban, cómo hacer la guardia para que no orinasen fuera del recipiente, vigilar los zuecos —porque eran robados y cambiados por pan—; no se podía evitar todo, sin embargo tenía un preciado amigo que con sus conocimientos me

guiaba (también porque estábamos en el mismo barracón y en el mismo grupo de carpinteros).

Esperando la hora de la sopa Josef hablaba francés, alemán y polaco; yo hablaba italiano, pero nos entendíamos bien; Josef quería saber todo de la bella Italia que tanto amaba. Yo le hablaba de mis amigos y de mi familia. Mientras le hablaba de todo lo que podía interesar a un joven de veinticuatro años como era yo, es decir, las salas de baile, excursiones al mar, los viajes con los amigos, me escuchaba; pero no hablaba nunca de su familia. No le preguntaba nunca sobre su vida, pero tenía la impresión de que me escondía algo triste.

[Un día] después del llamamiento veo a Josef que va al encuentro de la fila de las jovencitas que se dirigen al duro trabajo; les habla, pero vuelve triste y desconsolado. No lo entendía, pero no le preguntaba nada para no ponerlo en un apuro; sabía que había algo que no lo dejaba estar calmado y tranquilo, yo insistía en hablarle de todo lo que pudiera interesarle: mi familia, mis hermanos, mis amigos.

[Una mañana de julio], recién llegado de la recogida de cuerpos durante la noche, nos llaman a Josef y a mí para arreglar las literas en un barracón junto a la Rampa de llegada. [...] Acercarse a la Rampa de llegada de los convoyes era asistir a un río de gente que bajaba de los vagones después de que hubieran dejado todo aquello que hasta ahora habían creído poder llevar dentro (vana ilusión), y, mientras meditábamos sobre lo que hacer, fueron empujados fuera del vagón con una maldad brutal por los capos de la Rampa. Eran hombres acostumbrados a todas las brutalidades vistas en años y años de campo.

Durante la noche, un gran caos en la Rampa de llegada: son los gitanos, con todas las familias detenidas en todas

las ciudades de Europa. También para ellos es un triste destino: trasladados, despojados, gaseados y quemados, eliminados de la tierra como si no hubieran existido nunca; eran albaneses, yugoslavos, húngaros, búlgaros. Me levanté para la recogida de muertos durante la noche; el crematorio vomitaba humo acre, característico de las incineraciones.

[Una mañana] después del llamamiento, Josef viene a mi encuentro para decirme que había habido un atentado fallido contra Hitler: me explica así por qué eran días en que los capos y las SS eran más crueles de lo habitual, masacrando a los que se ponían a tiro, tanto hombres como mujeres; un verdadero exterminio de inocentes con selecciones nocturnas bajo la lluvia y demás atrocidades que sometían a una dura prueba a nuestro físico, ya reducido a la mínima resistencia por el duro trabajo y la poca comida diaria.

Agosto era un mes muy triste por los recuerdos: las alegres horas en los bailes al aire libre, el mar, los buenos momentos pasados con mis amigos de la infancia, las cenas al anochecer; pero sobre todo me faltaba la familia que tanto amaba, y no saber nada de mis hermanos y padres me daba mucho dolor y tristeza.

Una tarde veo a Raimondo triste y confuso, sus ojos están sobresaltados, me dice que por la mañana ha llegado un convoy de Hungría, que lo habían abierto, pero que estaban todos muertos de pie como maniquíes: habían hecho un larguísimo viaje sin comida ni agua. Pobre Raimondo, aunque acostumbrado a aquellas escenas, también estaba impactado, ¡tenía los ojos ausentes, como la mente! ¿O también él se preguntaba por qué?

El verano de 1944 fue fatídico para Hungría: un vagón tras otro. Los vagones eran auténticos coches fúnebres,

porque después del viaje, el hambre y la sed eran pocos los supervivientes; un hecho por el que incluso hoy continúo impresionado.

Después del llamamiento Josef y yo somos reclutados para despejar un barracón del campo de mujeres; pasamos junto a la Rampa de llegada mientras un largo convoy llega de Hungría. Abren las compuertas, cada vagón de ganado es vaciado; con salvaje fuerza son empujados fuera muchos niños con su maestra.

Después del recuento de la tarde y de la fina rebanada de pan, creía que finalmente podíamos descansar; pero apenas nos acostamos nos llaman, a Josef y a mí, en plena noche para la recogida de cadáveres. La carreta estaba llena de cuerpos de los pobres hombres reducidos a piel y huesos, explotados al máximo y tirados en el fango del campo, esperando ser llevados al crematorio para ser reducidos a ceniza. Volvimos a los barracones al alba, ateridos, hambrientos y terriblemente cansados.

[El día siguiente], el capo nos dice que teníamos que desalojar un barracón para hacer sitio a nuevos llegados de Francia: trabajo bestial que duró hasta entrada la tarde, saltándonos también la sopa del almuerzo. Volvimos por la tarde cansados, hambrientos, creyendo que podríamos descansar; sin embargo, nos llaman para recoger cadáveres. Caía la niebla nocturna, las altas y amenazantes llamas de los crematorios iluminaban el suelo, parecía que caminábamos sobre un lago de sangre. Josef hablaba, pero yo intentaba mirar a lo lejos las llamas al fondo del campo; pregunté a Josef que quiénes serían, y me dijo que eran los cuerpos quemados en la fosa común; habían llegado apenas a la Rampa.

Raimondo me llamó: estaba fuera de sí, se había enterado de que en su barracón habría una gran selección y que muchos acabarían en la cámara de gas. No sabía nada en concreto, pero puesto que los rusos presionaban y avanzaban querían eliminar al mayor número de judíos y gitanos posible; hacían grandes redadas en el campo y elegían uno por uno. La SS te llamaba, anotaba tu número y te enviaba a otro barracón. Era la antecámara de la muerte. ¡El día siguiente, *kaputt!* El dolor en las manos no había acabado aún, como tampoco los recuerdos de los terribles meses pasados en Auschwitz, que poco a poco salen de mi mente nítidos y tan claros como si hubieran sucedido ayer. Al revivirlos me asalta cierta inquietud, recordando tantas y terribles cosas que tuve que ver. En un barracón estaba conmigo un comandante con su hijo, judíos húngaros, que cuando habían llegado a Auschwitz había perdido a doce personas de su familia en las cámaras de gas; en una gran selección de agosto de 1944, el comandante fue elegido para la cámara de gas, el hijo dio un paso adelante para seguir a su padre.

Los días pasan, uno más terrible que el anterior, no hay escapatoria. Las selecciones comienzan a ser más frecuentes: una tarde, acabada la jornada de trabajo, pasamos por delante del campo de los gitanos, y veo cierto movimiento en su interior y a muchos SS. Por la mañana el campo está completamente desalojado: los habían eliminado a todos durante la noche; en efecto, durante el día el crematorio trabaja a todo ritmo: también ellos, como decía Hitler, eran escoria, hombres que eliminar, como los «odiados judíos».

[Un día] después del llamamiento, el capo del barracón nos llama a Josef y a mí, nos hace entrar en su habitación y comienza a hablar de su familia: nos dice que él, antinazi,

había sido arrestado y condenado a muchos años de cárcel, conmutados con el traslado a Auschwitz; él como capo, y su mujer como jefa de barracón en el campo femenino. Josef hace todo lo posible por que yo entendiera todo este discurso, dado que hablaba alemán, francés y polaco.

Todos los días aprendía alguna palabra y yo le enseñaba el italiano que él amaba tanto.

Después de la llamada, estaba explicando a Josef lo que era el 15 de agosto en Italia, las vacaciones en el mar o la montaña, cuando nos llamó el capo del barracón y nos hizo entrar de nuevo en su habitación; habíamos entendido que nos quería pedir una cosa, de hecho estaba nervioso, se acercaba a la puerta con sigilo. Después de unos minutos se decidió y nos enseñó un trozo de pan que creíamos que nos iba a dar, pero por el contrario nos dijo: «Me fío sólo de vosotros». Nos escribió el barracón y el nombre de la jefa del campo de las mujeres, el de su mujer; el trozo de pan era muy sospechoso, no lo dijo, pero entendimos que se trataba de tráfico de objetos valiosos, que era como estar a un paso de la muerte cuando lo llevabas encima.

El capo del barracón, con mucho cuidado, nos dio el trozo de pan con mil consejos. Nos acercamos al barracón que había escrito en la nota, con el corazón a punto de estallar; habíamos comprendido que en el pan debía haber unos brillantes. De cualquier modo llegamos al barracón de las mujeres y dimos un gran suspiro de alivio por el peligro de topar con un capo curioso y prepotente que podíamos encontrar haciendo la ronda.

Josef y yo estábamos contentos de haber realizado la tarea, cuando fuimos detenidos de malas maneras por dos

capos que nos golpearon y nos llevaron a la Rampa de llegada, amenazándonos con más golpes si no volvíamos al trabajo, creyendo que pertenecíamos al grupo de la Rampa. Josef, que hablaba polaco, pensó en declarar que nosotros estábamos asignados al comando de carpinteros y habíamos acabado el trabajo de reparación de los barracones femeninos. Salió bien, pero cuando volvíamos nos preguntaron si habíamos visto al capo del barracón: lo estaban buscando dos SS y un capo. Al ver que las SS buscaban a nuestro capo, Josef y yo nos aterrorizamos, pensando que tal vez habían descubierto el tráfico de piedras preciosas y querían interrogarlo; si eso había ocurrido, el capo del barracón tendría que denunciar a los que lo ayudaban, y entonces nuestra suerte estaría echada: cámara de gas y crematorio, la desaparición del mundo de los vivos. Todo este terror se nos pasaba por la mente, haciéndonos estar en ascuas; esperando un milagro que tardaba en llegar. [...] Las horas pasaban lentamente. Josef y yo hacíamos de todo para ocupar nuestras mentes, pero desgraciadamente el pensamiento era: «¿Qué nos ocurrirá?». Esto duraba mientras no se encontrara al capo del barracón. De noche, las pesadillas más terribles nos impedían cerrar los ojos y poder dormir, pero todo era imposible, nos aturdía la idea de no saber qué nos podía ocurrir.

Pero todo se aclaró: el capo del barracón fue llamado a la oficina principal porque había dos números iguales para un único prisionero; esta explicación fue para Josef y para mí la noticia que nos tranquilizó, dentro de lo tranquilo que se podía estar en Auschwitz.

[En efecto, algunos días después], mientras Josef y yo estábamos en un barracón, cansados y hambrientos des-

pués de la recogida de cadáveres, nuestra mirada se fijó en la puerta del barracón, paralizándonos: vimos a nuestro capo, dos SS, otro capo y a un tal Livez Beridz —un joven polaco del grupo de la Rampa que tenía fama de ser un espía odiado incluso por sus compañeros—, que señalaba a nuestro capo. El corazón se nos paró y nuestro pensamiento nos llevaba a un triste desenlace, si aquel gusano de Livez había hecho de espía contra nuestro capo. Después de unos interminables minutos todo se solucionó. Se trataba de un cambio de capo de barracón a otro sector del campo.

En septiembre comenzaba a hacer mucho frío; pero no era eso lo que nos hacía castañear los dientes, sino el miedo por lo que nos podía ocurrir. Desde hacía unos días no veía a mi amigo Raimondo di Neris, el rabino húngaro, ni a mi primo Guglielmo Sonnino; pedía noticias, pero en el campo había mucho revuelo por el traslado de algún barracón a otros campos de Alemania.

Encuentro a mi primo Guglielmo, pasamos por suerte un poco de tiempo juntos.

Un día llaman a algunos deportados para un comando de las minas de carbón. Un porcentaje alto de muerte cada día, trabajando bajo las entrañas de la tierra. Lo cogen y le leen el número, que era A15811, un número después del mío; pido al capo que no nos separen y le digo que es mi hermano, pero es en vano. El destino lo había decidido: no lo veré nunca más. Quién sabe qué fin habría tenido si el capo, compasivo, me hubiese elegido: esto es Auschwitz, lleno de tristes incógnitas y de esperanza.

Después de levantarnos al alba para la recuperación de cadáveres de los que habían muerto durante la noche —cuerpos reducidos a piel y huesos, y arrojados fuera de los

barracones en medio de la nieve y el fango—, acabo el trabajo y vuelvo al barracón, donde encuentro a mi amigo Josef, que me dice que mi primo Guglielmo había sido seleccionado junto a otros treinta de nuestro barracón. No digo que sentí un gran dolor, ni siquiera indiferencia. Éste era el estado de ánimo que el infernal campo de Auschwitz te enseñaba a vivir cada día.

Acabado el trabajo, espero la llamada; en la plaza noto cierto movimiento: eran el capo rabino de Praga y el capo de Rumanía, los que hablaban. Consigo saludarlos; había calculado que era septiembre, por lo que debíamos estar dentro de poco en el fin de año judío. Me dicen que mañana es fin de año, se lo agradezco, y cuando me alejo me sorprendo llorando, pienso en mi familia y me alegro de que los supersticiosos piensen festejar este día como si estuviésemos todos juntos.

Esta tarde es fin de año; acabado el trabajo y el recuento, reúno todas mis cosas, y no es poco: un corazón de manzana, un pedazo de pan, un litro de bazofia y dos lonchas finísimas de salami obtenidas a cambio de tabaco. Como pan, salami, manzana y engullo la sopa. Voy a la fuente, me lavo, me digo la «Shemá Israel», mando un «Mazal Tov» a mi familia; me acompañan en las oraciones algunos rumanos, y nos reúnen los capos polacos, que nos apalean con furia.

Algunos se quedan en el suelo. Cojo por el brazo al rabino de Hungría y trato de ayudarlo.

Lo llevo con gran esfuerzo a la enfermería de los privilegiados rusos, lo curan con vendas de papel. Regreso a mi barracón y lo encuentro cerrado. Toco la puerta varias veces y me responde un joven húngaro asignado a los ser-

vicios del barracón. [...] Me hace señales de que me vaya, me dice que están preparando una gran selección, y me alejo aterrorizado.

Después de horas de espera, las puertas del barracón se abrieron de repente: me quedo sorprendido en medio del barracón, algunos amigos de Roma han sido seleccionados, mañana serán gaseados y el mundo no sabrá nunca quiénes fueron. ¿Qué sucederá en Kippur?, ¿habrá otro drama? Señor, ¿por qué, por qué? Hasta el cielo llega mi grito de dolor.

[El día de] Kippur de 1944 fui asignado a un grupo que trabajaba con ladrillos y cal. El vigilante era un gigante temido y respetado por su ecuanimidad, pero aficionado a tomar dos veces la sopa: tenía un buen ojo y te reconocía. Te daba en la calabaza rapada un golpe tremendo con el cucharón de la sopa. Aquella mañana mi mente estaba en Roma, en el templo, veía a los rabinos y a tantos, tantos *tallèd*, la *tevà*, el moreno y a mamá, que rezaba por nosotros; me distraje un momento y ¡zas!

Un buen bastonazo en la cabeza me despertó. Tenía la tarea de colocar los ladrillos en fila. Llegó el mediodía y el capo vigilante, llamado Samuele, comenzó a distribuir la bazofia, pero yo quería cumplir el ayuno. Samuele me preguntó si me sentía mal. Le respondí: «Capo, hoy es Kippur»; él comenzó a darme puñetazos, hasta que caí en el suelo sangrando. Tal vez había perdido la fe, yo mientras había salvado la bazofia. Se acercó y me dio un pedazo de salami y un trozo de pan para perdonarlo por haberme golpeado y vencido: sin embargo, se congratuló por mi fe. No sé cómo conseguí salvar la sopa, pero por la tarde, después del recuento, saboreé aquella maravillosa cosa y, pensando en mi familia, me adormecí (nunca dormir) con el ruido

y los lamentos que había en el barracón; [...] me había dicho: «Quiero vivir para ese momento en el que abrazaré a mi madre y a mi padre con mis hermanos supervivientes, esperando a Davide y Angelo».

No sé cuánto tiempo ha pasado: horas, días, meses, años, ¡quién cuenta más el tiempo! Paso de un grupo de trabajo (comando) a otro, a partir de ahora todas son nuevas experiencias. Miro a menudo hacia el arco que hay a la entrada de la explanada del campo y espero salir vivo en lugar de con el humo de los crematorios. Pienso: «Si consigo pasar el arco para ser trasladado a otro campo...». Tenía fe en volver a abrazar a mi madre, padre y hermanos. Pero ¿habrán escapado? Los convoyes ya no llegaban del sur de Italia, ya liberada, pero esto era sólo Auschwitz, ¿y si los hubiesen capturado y llevado a otros campos? Y todavía la angustia y la esperanza te afligían y te animaban.

Todavía pregunto al cielo: «¿Por qué?».

[Un día], después del recuento, el capo nos llama y nos dice que hay dos trabajos: uno dentro y otro fuera del campo, pero muy duro. Debemos llevar la leña desde fuera adentro del campo, un trabajo extenuante pero recompensado: en el exterior se puede respirar un poco de aire puro, además de ver a gente que aún existe fuera de Auschwitz, donde el aire se mezcla con la carne quemada de seres humanos.

[Hacia los últimos días de septiembre] nos despiertan de noche para la selección por el recambio con los recién llegados (mientras, los seleccionados habían acabado en las cámaras de gas). También esta vez soy elegido para el duro trabajo forzado: he superado el examen. Después de la selección nos quedamos desnudos para la desinfección

de las ropas, que después de un tiempo interminable nos devuelven limpias. Nos las debemos secar puestas entre escalofríos y bastonazos de los capos, que tienen que hacer el recuento matutino: una noche infernal que soportar.

De vuelta al barracón Josef y yo estábamos realmente turbados. Pero como me dijo el rabino húngaro, hay muchos momentos en los que nos nace un sentimiento de piedad por el prójimo que sufre aunque nosotros también estemos sufriendo; quizás Auschwitz no había asesinado del todo nuestro sentido humano y civilizado de comportarnos, pese a las tragedias de todos los días que estábamos obligados a ver y sufrir.

Pasamos mucho tiempo buscando noticias, Josef había encontrado a un primo que trabajaba en las cocinas del campo, que le da cuatro patatas cocidas y seguimos barracón por barracón; en el barracón de las mujeres Josef me dijo que había una polaca que por un pedazo de pan le podría presentar a otra polaca que le podría dar noticias de Selina...; le dije a Josef que eso era un timo. Comprendía que la polaca no sabía nada, pero Josef no quería perder la ocasión de tener noticias de su Selina. Efectivamente, la segunda polaca no sabía nada. De estas nos sucedían todos los días; muchas veces los ancianos, al ver a los recién llegados, les decían: «Si me das tu pan se lo llevo a tu madre», pero no sabían nada, y esto también ocurría en Auschwitz.

Yendo de barracón en barracón, Josef y yo pasamos junto a la Rampa, donde en ese momento estaba llegando un transporte de Francia, un transporte de niños. [...] Enfrente del camino veíamos ropitas y zapatitos, todo lo que podían llevar aquellas pobres criaturas: muñecas hechas de trapo y algunos juguetes; pero de los niños no había rastro. Pregunta-

té a Josef dónde estaban. Me respondió mirando el humo y el fuego de los crematorios: «Míralos, allí están saliendo...».

Pasamos el domingo tan tristes que, entrando al barracón, el capo nos regañó por el retraso, diciendo que se nos había pasado la ración de pan y que no había más, pero Josef y yo no protestamos. Nos habíamos equivocado, y suerte que Josef tenía las cuatro patatas cocidas que le había dado el primo polaco que estaba en las cocinas; nos quedamos muy amargados y tristes.

[Un día] tuvimos la oportunidad de tener unos minutos de descanso. El capo era un polaco que había hecho el viaje de novios a Italia, a la que recordaba con gran admiración. En aquellos momentos el rabino me contaba con una media sonrisa muchas cosas de su familia: la mujer y los cuatro hijos, todos seleccionados a la llegada; estaba destruido física y moralmente; me dijo: «Romeo, aunque nos salvemos, nada será como antes...». Tenía razón. Después del recuento Josef cambia de trabajo: lo mandan junto a la Rampa de llegada a hacer de intérprete a un convoy de judíos franceses.

Por el camino del campo, me encuentro con Raimondo, no lo había reconocido; me llama y me dice que está desalentado, triste y que quizás no podrá resistir. Intento darle un poco de esperanza, pero nuestro breve diálogo es interrumpido por los bastonazos de un capo.

Después del recuento matutino, el capo nos llama para ir a coger leña fuera del campo; íbamos encantados, ya que al salir veríamos a civiles sin los uniformes de prisioneros, pero saliendo no había visto dos cadáveres pegados a la valla electrificada; se habían suicidado durante la noche arrojándose sobre los alambres de alta tensión. Quizás estaban desesperados, exhaustos.

Había visto muchas, muchas cosas difíciles de explicar, pero me golpeaba la indiferencia por la muerte de parientes, amigos, padres y hermanos; pasaba por delante de los cuerpos pensando: «Hoy a ti, mañana a mí...». Auschwitz nos había reducido a seres sin consciencia, piedad y sin altruismo por el dolor que cada día se encontraba en la Rampa de llegada.

Escenas espantosas, difíciles de contar.

[Una mañana de septiembre], despertarse y preparación para el recuento. Hay lluvia y hielo. Comienza el llamamiento y se detiene: en el recuento falta uno de nuestro barracón, debemos estar atentos bajo la lluvia hasta que se explique la ausencia. Después de horas que parecen días, nos explican el misterio de la ausencia: ni fuga ni ocultamiento, simplemente un pobre inglés muerto bajo las literas para protegerse del frío de la noche. Finalmente se retoma el recuento.

Birkenau me había robado mi bondad, mi dignidad, mi sonrisa, pero no la piedad por quienes sufrían; buscaba la palabra adecuada para aplacar el sufrimiento de Josef que, día tras día, lo hacía caer en una gran desesperación por la falta total de noticias de su adorada Selina, a la que no veía desde el momento del arresto nocturno en los jardines de Cracovia.

[Una vez] Josef me llevó dos zanahorias y una patata cocida: eran el fruto de un cambio por un brazalete de oro; entre tanto yo debía ir a reparar una litera, y mientras salía del barracón vi que estaban saliendo unas pobres chicas que iban al duro trabajo, en fila de a cinco. En la última fila vi a una chica que tropezaba por el dolor de pies que sangraban, y la capo que la golpeaba. Miré a lo alto y dije: «Dios, ¿dónde estás?».

Raimondo me dijo que no veía a su hermano Settimio desde hacía varios días: Josef le dijo que por la noche había

salido un transporte a Alemania y que no había que desesperarse. Estábamos junto al campo de las mujeres, un grupo de jóvenes salía al duro trabajo diario y con sorpresa advierto a una jovencita con una falda negra; me acordé que también la joven a la que di unas florecillas y la zanahoria y que tenía los pies sangrantes tenía una falda negra hasta los pies. Pobres chicas, privadas del orgullo y de la personalidad de sus sueños, de las primeras caricias, de los primeros besos; todo esto había sido robado a la llegada al campo, todo destruido en la Rampa de llegada. Era un triste espectáculo ver a aquellas pobres chicas con pañuelos en la cabeza para esconder el cráneo rapado, pero no podían esconder su rostro demacrado, el cuerpo deshecho que dejaba entrever el desfallecimiento, la destrucción diaria de aquellos cuerpos un día espléndidos y lozanos; pero estábamos en el infierno de Auschwitz, tenían vergüenza y terror, y «sólo» por ser judías. Josef se alejó del grupo; no me explicaba por qué, pero luego comprendí que había ido a pedir noticias a las chicas que salían del campo sobre su amada Selina. Supe que tenía una gran depresión por la falta de noticias, le oía llorar durante la noche; yo no podía ayudarlo, ¡pobre Josef!

Después del recuento Josef y yo nos dirigimos hacia el barracón donde debíamos reparar las literas; veo cómo Josef va al encuentro de un grupo de jovencitas que van a trabajar, vuelve muy triste y con el corazón roto, y el capo lo golpea por haberse alejado del grupo de carpinteros; pero no eran los bastonazos lo que hacía sufrir a Josef... sino algo terrible que le había ocurrido a su familia, algo que conservaba en lo más íntimo. Josef me hacía saber muchas cosas que yo, al no hablar polaco, no podía entender, pero él las conocía a través de los civiles polacos que tenían periódicos. Me decía que la guerra iba a favor de los ejércitos americanos. Volviendo a la

realidad veía los transportes, las llamas de los crematorios y la peste de la carne quemada y miles de personas que iban a las cámaras de gas después de haber sido despojadas de todos sus enseres, incluida la vida; difícil olvidar aquellas imágenes del infierno de los vivos.

Después del duro trabajo de desescombro de los cuerpos del campo, el grupo y yo estábamos muy ilusionados con poder descansar un poco, lástima que fuese al alba. Nos llevan al control de piojos: debíamos expurgarnos desnudos, y entre el frío y el hambre los más débiles caían como moscas; mientras, debíamos estar muy atentos y esperar que acabase el examen. Tanto vivos como muertos, para que el recuento resultase exacto. Esto duraba horas y horas bajo la nieve o la lluvia, un verdadero martirio, también por el hecho de que no podíamos salir de la fila ni para hacer nuestras necesidades.

[Los últimos día de septiembre comienza a] correr la voz de que en octubre se deberá dejar libre el barracón para los que lleguen. Me pongo de acuerdo con Josef para regalarle al capo del barracón una toalla nueva que habíamos robado en otro cobertizo, para así poner nuestros números entre aquellos que debían ser trasladados. Efectivamente, además de agradecer el regalo, nos puso entre los mecánicos especialistas que eran solicitados para otros campos en Alemania.

Había esperanzas.

Comienzan las esperanzas: los rusos y los americanos avanzan, ha habido un atentado a Hitler, benditos sean los hermanos desventurados que nos han dado coraje y esperanza de que alguien vendrá a liberarnos, pero ¿quién?

Llegan noticias del campo sobre la derrota nazi, pero con ella llega la derrota del género humano: de hecho, se multiplican las selecciones y los crematorios trabajan a tiem-

po completo, día y noche, las llamas iluminan el campo expandiendo por todas partes la peste de la carne quemada.

Después del recuento Josef se aleja, se dirige a un grupo de jóvenes paradas a la espera del capo. Vuelve triste, no le pregunto nada, pero me resultaba curioso cómo se comportaba, parecía que quisiera decirme algo cuando yo le hablaba del trabajo y de la vida que hacía en mi adorada Roma y que tanto echaba de menos; veía su interés, aunque él no entendía todo lo quería decirle, me decía que si se salvaba quería venir conmigo a Roma para vivir con tanta libertad, algo prohibido en Polonia y en su casa con la familia, que lo odiaba.

El domingo hay descanso para los carpinteros, salgo del barracón y paso por delante de la enfermería, encuentro un trozo de yeso, me prestan un lápiz y dibujo una cruz, entro en el barracón y le digo a Josef que cierre los ojos; le pongo con la cruz, pensando que le va a agradar al saber que en Polonia hay tanto cristianismo como antisemitismo. Josef se lo quita de la chaqueta y lo tira al suelo diciendo que no amaba Polonia, ni el cristianismo, ni a su familia. Me quedé asombrado, pero imaginaba que le había ocurrido algo terrible que le hacía sufrir de aquel modo; después de un largo silencio, finalmente se desahoga y me cuenta su terrible secreto familiar.

En aquel lugar semiescondido del barracón, con riesgo de ser golpeados y quizás algo peor, me lo cuenta. Josef, que era un muchacho muy inteligente, se esforzaba por hacerme entender, entre el francés y el alemán, lo que me quería decir de sus amigos, del colegio, de las diversiones. Su deporte era la bicicleta, pero debía compartirla con sus hermanos, que no lo querían, ni tampoco sus padres, que

al saber que se veía con una chica judía, sentían por él odio y lo agredían cada vez que salía [...].

Una noche, mientras se preparaba para salir, hubo un coro de desprecio: «¡Vete con la judía!». Se dio la vuelta y les dijo: «Me voy a casa de mi amada Selina».

Mientras me lo contaba lo veía muy enojado con su familia; aunque por Selina, hija de un rabino, Josef no sentía rencor, la amaba con todo el corazón. Salió de casa, y mientras estaba en el jardín con Selina los arrestaron; a pesar de su inocencia fueron capturados por las SS. Después de la cárcel, el campo de Auschwitz; la cuestión estaba clara: el padre los había denunciado como partisanos.

Después de su trágica confesión podía entender por qué Josef hablaba con las muchachas: les preguntaba a todas por alguna noticia de Selina, de la cual, desde el arresto, había perdido toda noticia y lo hacía sufrir. Yo no sabía cómo reconfortarlo, todo era inútil. Veía su colapso físico y moral, pero sereno y calmado; tal vez se había liberado del gran dolor familiar que le habían producido y comprendido el gran antisemitismo que había en su familia, muy devota al cristianismo polaco.

Después de haber pasado una noche de pesadillas por los recuerdos de la familia, a la que tanto echaba de menos, estaba junto a la puerta del barracón cuando se acerca Josef y me dice que habrá un cambio de campo y que él había dado mi número para estar seguro de que seguiríamos juntos. Estaba casi feliz por poder salir de Auschwitz, aunque era una incógnita. Tenía esperanzas en un futuro más humano, después del infierno de Auschwitz, que nos había dejado traumatizados, resistiendo cada día por no derrumbarte y apretando los dientes contra las ofensas, las

palizas, el frío y el hambre. Todo se debía soportar para no derrumbarte.

La noticia del traslado me había dado la esperanza de poder salir por la puerta por la que había entrado el 26 de julio de 1944, después de un infernal viaje; estaba distraído en este sueño cuando el capo me invita al final del trabajo a ir al barracón 16, donde se reunían los capos [...]. Al acabar el trabajo mi capo me acompaña y me presenta diciendo: «Es un judío italiano que canta muy bien». Verdaderamente temblaba de miedo. El barracón era diferente de los otros, y sobre todo era luminoso y lleno de cosas buenas como pan, margarina, zanahorias, salami y manzanas. Todo esto se debía al tráfico con los trabajadores civiles, que daban comida a los capos a cambio de objetos preciosos que conseguían de los detenidos en la Rampa de Llegada, ya que robaban a los aterrorizados en cuanto llegaban. El capo me invitó a cantar «O sole mio»; canté poniendo todo mi entusiasmo. Cuando acabé le pregunté si querían escuchar la preciosa canción «Mamma»; la canté, veía que se conmovían, mi capo estaba satisfecho.

Después de la exhibición musical, soy premiado con cuatro cigarrillos, tres zanahorias, dos raciones de pan y dos manzanas. Me parecía estar soñando: el capo me sonreía, pero me pidió que dividiese con él el premio obtenido; el resto lo compartiría con Josef, como él hacía con lo que conseguía en los laboratorios civiles.

[Un día] el capo del barracón nos llama para limpiar su habitación; en comparación con las literas era como estar en otra dimensión: había una cama, un espejo, una silla, un orinal, un vaso; todo lo que se podía tener para no sentir tanto la dura vida del campo... pero esto sólo estaba per-

mitido a los capos de barracón... Encontré algunas colillas de cigarros que di a Josef, que fumaba.

Después de la llamada, una orden de ir a limpiar un barracón apenas acabado de desalojar y los prisioneros directos a las cámaras de gas; nos proponíamos a hacerlo cuando una contraorden nos dice que tenemos que dejar el trabajo para la selección de la mañana, cuando se hacía habitualmente por la tarde, pero todo estaba en el filo de la navaja y totalmente en las manos asesinas de los capos y de las SS.

Después del recuento encuentro al rabino húngaro Rosen; me dice que ha perdido la esperanza de encontrar a algún miembro de su familia y de su comunidad. En su voz no había odio ni venganza, sus ojos azules no dejaban de mirar al cielo; ¿qué pedía el rabino Rosen al cielo? Nos dirigimos a nuestros barracones pero, digo la verdad, estaba muy intranquilo, me dejó con una media sonrisa.

Junto al rabino y otros diez prisioneros debíamos llevar unos tubos de hierro muy pesados a las cocinas. Una vez acabado el trabajo, debíamos descansar, a la espera de la sopa; era algo anormal que el capo no fuese tan malo, y el rabino le dijo: «Capo, este italiano canta muy bien». Le canté «Mamma, sono tanto felice» y «O sole mio»; al acabar nos dijo que volviéramos a nuestro barracón. Después del recuento nos llaman para volver a meter los tubos que el día anterior habíamos dejado junto a las cocinas. Órdenes y contraórdenes, teníamos sólo deberes, jamás podía uno atreverse a rebelarse o no obedecer las órdenes: se arriesgaba a morir con una violencia inaudita. Una vez acabado el trabajo podíamos descansar e intercambiar alguna palabra sin ser golpeados. Josef hablaba con el capo, que era de Cra-

covia como él; así supe que el capo vivía a pocos metros de su casa. Mientras, yo hablaba con el rabino, que se expresaba en un correcto italiano. Habíamos limpiado las fosas comunes; el capo nos dijo que si volvíamos al campo nos podría dar otro trabajo, por eso trabajamos muy despacio hasta la hora de la sopa de la noche y el recuento. Este grato regalo de tregua se lo debíamos a Josef, que le había dicho al capo que quizás había visto en un barracón a un pariente suyo de Cracovia que trabajaba en la Rampa de Llegada. Durante la breve pausa, el rabino hablaba a gusto con Josef y el capo de su familia, mientras que Josef callaba y sufría al no poder hablar de la suya por el terrible secreto que no le permitía responder a las pocas preguntas sobre su entorno familiar y la pérdida de su adorada Selina que tanto amaba, y era difícil de consolar. Los ojos azules del rabino se elevaban hacia el cielo mientras contaba los paseos con su familia, compuesta por cinco hijos y una hija llamada Sara, mientras que su mujer se llamaba Rebeca. Grandes lágrimas caían por su rostro, reducido a una máscara de gran dolor y mucho sufrimiento por los recuerdos que un lejano día lo hacían estar feliz. Los terribles secretos del rabino Rosen son algo parecidos a los de Josef, ambos traicionados por gente en la que ellos habían puesto confianza ciega. Después llegó el toque de queda. Afuera hay nieve y niebla, hay peligro de fuga.

Estábamos juntos Josef, el rabino y yo, el capo nos ordena limpiar a fondo el barracón; se podía intercambiar dos palabras después de hacer el trabajo ordenado, mientras el resto del barracón estaba fuera quitando la nieve. Aunque aquellas horas las padecemos limpiando el barracón, en los momentos de tregua el rabino podía hablarme en perfecto italiano y contarme la infame traición padecida por un ve-

cino cristiano que frecuentaba su casa; después me dijo: «Mira, Romeo, puedes ver la cara de tu vecino, pero no su pensamiento ni su corazón». En sus palabras no había ni odio ni venganza, pero tampoco perdón por la traición.

Mientras relataba esto, veía su sufrimiento físico y moral, seguía su relato con alguna lágrima en la cara. Me dijo que en julio de 1944 un cristiano fue una tarde a su casa y había dicho que había una redada en el gueto, así que él y sus familiares, catorce personas, lo habían seguido a su casa, que describía como segura. Al llegar allí, Rosen encontró a la policía y a los SS, que los esperaban para transportarlos a la estación, donde un tren con vagones de ganado los esperaba para llevarlos después de un largo y difícil viaje al campo de exterminio de Auschwitz. En la selección de la llegada, doce miembros de su familia fueron enviados a las cámaras de gas, incluidos dos niños de cuatro años y sus padres, de avanzada edad, inútiles para el trabajo que se hacía en el infernal campo que era Auschwitz. Josef y yo escuchamos con atención, y después de acabar el trabajo que nos había encargado el capo, volvimos al barracón muy afectados, y la pregunta era esta: «¿De quién podemos fiarnos?». En el campo había desconfianza, odio, maldad, también entre los compañeros del barracón.

A principios de octubre, después del recuento, el capo nos llama y nos dice que nuestro número está entre los elegidos para el próximo traslado [...]. Los barracones se vaciaban y se llenaban continuamente, dada la afluencia de gentes que llegaban de toda la Europa ocupada.

Las cámaras de gas y los crematorios trabajaban día y noche, con las fosas comunes que ingerían convoyes enteros de carga humana.

Un domingo, al alba, todavía no nos habían llamado. Creíamos que era un día de tregua. Nos llaman para recuperar fuera de los barracones tristes montañas de cadáveres para llevar a las puertas de los crematorios; cojo uno que está junto a la carretilla, pero siento que todavía está caliente y con los ojos abiertos. Llamo al capo y le digo que no está muerto, y por toda respuesta el capo le da un fuerte golpe en la cabeza y dice: «Ahora está verdaderamente muerto». Esto sucedía en Auschwitz.

[Una noche], había un silencio dentro y fuera del barracón como si el campo estuviese vacío; esto nos daba que pensar, porque era algo inusitado para mí, pero tuve la explicación por parte de Josef: nadie podía salir aquella noche de los barracones porque estaba el tren que debía llevar a Alemania grandes cajas de inmenso valor, unos objetos preciosos robados a los judíos asesinados de toda la Europa ocupada por parte de sanguinarios asesinos sin Dios.

[Un día de octubre], el capo me ordena que coja dos mesitas del depósito de madera. Para llegar al depósito se debía pasar por delante de las cocinas, los vigilantes y las SS. Del desagüe de las cocinas se podía conseguir algún pedacito de patata o de nabo. Consigo un poco con un cuenco. Para llegar al depósito debía pasar por delante de las enfermerías, auténticas antecámaras de la muerte. Desde una ventanilla escucho que me preguntan en alemán: «¿Qué tienes?». Le respondo: «Tengo sopa de las cocinas de las SS». Me dice: «¿Quieres hacer un cambio?». Y yo, en alemán: «¿Qué tienes?». Me dice: «Tengo pan». Después de hacer el cambio me alejo comiendo el pan, pocos pasos después oigo decir: «¡Vete a la mierda, esto

es meado!». Le pregunto: «Pero ¿es que eres romano?». De entre los miles de prisioneros me había tropezado con un italiano de Roma.

Esperaba el traslado, como me había dicho Josef, pero el tiempo pasaba y la esperanza se desvanecía, veía mi degradación física y moral; no había un minuto de tregua, el pensamiento se iba con la familia.

Después del recuento de la tarde y del trozo de pan, se creía que había llegado la hora de descansar; sin embargo, era imposible, entre las pesadillas, los sueños agitados y los gritos de los capos que golpeaban a quien sorprendían orinando fuera del recipiente, con riesgo de muerte. Pero lo peor era para aquellos que tenían disentería debido a la comida: en efecto, la sopa se debía beber por falta de cucharas, y por una parte se bebía y por la otra se orinaba, a menudo encima.

Josef me dice que en diciembre hay un cambio de campo, siempre con la esperanza de encontrar a su amada Selina. A menudo me hablaba de su deseo de venir conmigo a Italia después de la liberación para vivir en Roma, que él amaba tanto por haberla visto en los documentales del cine y por lo que le había contado yo de las bellezas de la amada Roma, que tanto echaba de menos, así como a la familia que había dejado en el dolor y sin noticias mías ni de mis hermanos deportados antes que yo: Davide y Angelo.

[Una mañana] el capo, después del recuento, nos llama a Josef y a mí para hacer unas reparaciones en el campo femenino. Nos dirigimos allí y de lejos vemos a una capo que parece que quiere quitar el polvo de una chaqueta.

Mientras poco a poco nos acercamos vemos que trabaja con ira a la que creemos que es una chaqueta y que está

golpeando con mucha maldad; en realidad es una pobre niña de rodillas, que es golpeada porque por la noche no le ha dado tiempo de bajar de su puesto y se ha orinado encima, mojando el suelo y suscitando la bestial ira de la blocova. Josef y yo permanecemos todo el tiempo turbados, aunque alrededor existía odio, rencor y rabia. Auschwitz había doblado, pero no roto, mi cuerpo, ni la piedad por quien sufría y no podía defenderse de las brutalidades de los capos, verdaderas bestias humanas.

Los días pasaban y del humor de los capos y de las SS se deducía que los aliados avanzaban... pero ¿cómo nos salvarían?, ¿llegarían a tiempo?, ¿o seríamos todos asesinados como más tarde descubrimos que había ocurrido en muchos campos con el avance de americanos y rusos?

Estos interrogantes nos asaltaban, pero no había respuesta; y mientras, a pesar de las noticias de la derrota nazi, los crematorios avanzaban a todo ritmo con las llamas, además de las chimeneas y del eterno olor a carne quemada.

¿Cuándo acabará? Tú, pequeña mariposa, vuela hacia un mundo libre; ¡no te poses sobre estas piedras rotas con sangre judía inocente!, ¡vete, vete con la libertad que te dan las alas, tú puedes hacerlo!